

FRANCO Y LA ELABORACIÓN DE UNA POLÍTICA EXTERIOR PERSONALISTA (1936-1953)

Paul Preston

The London School of Economics
and Political Sciences

Durante la Guerra Civil española, Franco consiguió una ventaja crucial para el alzamiento Nacionalista, al establecerse rápidamente como el receptor de la ayuda de Alemania e Italia. De esta manera demostró ser consciente de la dimensión internacional de su propio destino y adquirió un interés por la política exterior que seguiría cultivando hasta bien entrada la década de 1950. Superó las dudas iniciales de Mussolini para prestarle ayuda, consiguiendo que las autoridades italianas de Tánger apoyasen su petición de aviones de transporte. La historia de las negociaciones para obtener la ayuda italiana nos muestra a Franco tomando la iniciativa y luchando por ella con firme determinación hasta que Mussolini decidió finalmente apoyar a Franco en lugar de a Mola. Fue una apelación hábilmente dirigida a Mussolini, ofreciéndole halagos, cierto éxito, su futura subordinación y un precio irrisorio. Franco declaró que su objetivo era establecer «un gobierno republicano de estilo fascista adaptado a los españoles». Afirmó que el éxito estaría garantizado si se le concedían los aviones de transporte. Finalmente, prometió que si Italia apoyaba su causa, «las futuras relaciones serían más que amistosas» (*più che amichevoli*). También en Alemania los contactos de Franco tuvieron más éxito que los de Mola. Mientras que los distintos emisarios de Mola quedaron atrapados en la burocracia berlinesa, Franco consiguió el apoyo de Nazis muy influyentes residentes en Marruecos, y su decisión del 22 de julio de enviarles directamente a Hitler para pedirle aviones de transporte fue una osada iniciativa que le convertiría en beneficiario de la ayuda alemana

y que sería al mismo tiempo un paso de gigante en su camino hacia el poder absoluto. A partir de ese momento, y durante la guerra, Franco tendría un interés especial en las relaciones con Hitler y Mussolini.

Tras su victoria en la guerra civil española y dadas sus ambiciones imperialistas, no había lugar a dudas de cuáles eran las simpatías de Franco cuando Hitler declaró su guerra contra la hegemonía de las democracias occidentales. Sin embargo, en último término, las naturales inclinaciones antidemocráticas del Caudillo en política exterior estaban limitadas por dos consideraciones esenciales, su propia supervivencia en España y la capacidad económica y militar del país para la guerra. En ambas áreas, Franco estaba obligado a tener muy en cuenta las opiniones del Alto Mando del Ejército. El ejército era la parte más importante en el complejo juego de rivalidades entre los grupos que formaban la coalición franquista el frente nacional que acababa de salir victorioso.¹ Al comienzo de la guerra mundial, casi todos los militares se mostraban convencidos de una inevitable victoria alemana. Sin embargo, las simpatías monárquicas de los generales españoles y su conocimiento de la escasa capacidad económica y militar española reducían la posibilidad de que actuaran de acuerdo con dicha convicción. A partir del otoño de 1940, los generales mostraron un escepticismo cada vez mayor sobre el triunfo final del Eje. La Falange era un tema distinto. En sus filas había una abierta simpatía por las proezas alemanas que no disminuiría hasta los últimos días de la guerra. Las afinidades ideológicas con el Tercer Reich dieron a la Falange una fuerza desmedida en la lucha por el poder interno en España. Los militares y la Falange serían las dos principales influencias en la política exterior de Franco durante la segunda guerra mundial.

Las opiniones de todos los grupos del frente nacional, con la excepción de los falangistas más duros, evolucionarían ineludiblemente conforme a los acontecimientos de la guerra. Franco, siempre sensible al humor de sus apoyos más poderosos, acomodaría también sus respuestas a las circunstancias cambiantes de la guerra. Al mismo tiempo, procuraba parapetarse siempre tras sus ministros. En asuntos exteriores, al igual que en muchas otras áreas, su táctica era *dejar hacer*. Sin embargo, en política exterior, esto era imposible, al ser un asunto de máxima importancia para él. Oficialmente Franco no se ocupaba de los asuntos específicos del ministerio, utilizándolo como pretexto para negarse a recibir a embajadores o encargados de negocios, exceptuando, por supuesto, a sus favoritos del momento —alemanes e italianos durante la

¹ Sobre los militares en este período, véase Carlos FERNÁNDEZ SANTANDER, *Tensiones militares durante el franquismo* (Barcelona, 1985).

segunda guerra mundial, y americanos durante la Guerra Fría. Beigbeder, Jordana y Lequerica, todos ellos ministros de Asuntos Exteriores en diferentes momentos de la segunda guerra mundial, afirmaron que era el Caudillo quien establecía la política mientras ellos se ocupaban simplemente de los detalles y de llevar a cabo sus instrucciones. A partir de 1945, los propagandistas de Franco se esforzaron mucho en presentar a Serrano Suñer como el único artífice de la política pro-germana. Esto es ridículo. Es inconcebible que Franco dejara la política exterior en manos de su cuñado.

Sin embargo, al comienzo de la segunda guerra mundial, deslumbrado por su éxito en la Guerra Civil, enardecido de solidaridad con los aliados del Eje que habían tenido un papel crucial en su victoria, Franco no se mostraba en absoluto prudente. De hecho, durante el verano de 1940 estuvo a punto de meter a España en la guerra del lado del Eje. En el otoño de ese mismo año, la inesperada supervivencia de Gran Bretaña ayudó a Franco a recuperar su natural cautela. Aunque, incluso en esa ocasión, si no hubiese sido por la brusquedad con que tanto Hitler como Ribbentrop le trataron a él y a su cuñado Ramón Serrano Suñer, España podría haber entrado fácilmente en guerra. Además, una vez pasado el momento de mayor peligro de beligerancia española, a finales de 1940, Franco seguiría sintiendo lo que podría llamarse la tentación del Eje, sobre todo tras la invasión alemana de Rusia durante el verano de 1941.

Por consiguiente, sería una simplificación decir que durante el primer año de la segunda guerra mundial, Franco se mostró menos ambiguo y cauteloso en las relaciones internacionales de lo que sería más tarde. El 20 de Febrero de 1939 el Caudillo había decidido adherirse al Pacto Anti-Comintern, un acto secreto de solidaridad con el Eje que se hizo público el 6 de abril.² El 8 de mayo, sacó a España de la Liga de las Naciones. Cuando Hitler y Mussolini firmaron el Pacto del Acero a finales de Mayo de 1939, Franco, en un gesto más de belicosidad viril, envió tropas al área de Gibraltar. Las relaciones del dictador español con Hitler eran cordiales, inspiradas en la gratitud por la ayuda alemana durante la Guerra Civil pero matizadas también por la cautela provocada por la gran arrogancia del Führer. Con Mussolini no existían reservas, sino más bien una gran cordialidad y simpatía.³

² Galeazzo CIANO, *Diario* 2 tomos (Milán, 1946) I, pp. 43-4; *Documents on German Foreign Policy Serie D*, 13 tomos (Londres, 1951 - 1964) (en adelante denominado *DGFP*) Vol. III, pp. 880-1.

³ CIANO, *Diario*, I, pp. 112-13; Ramón SERRANO SUÑER, *Entre Hendaya y Gibraltar*, (Madrid, 1947) pp. 91-118.

Tanto Ciano como Mussolini pensaban que Ramón Serrano Suñer era «sin duda alguna el mayor defensor del Eje del régimen franquista».⁴ Existen pocas dudas sobre la admiración de Serrano Suñer por la Italia fascista. Sin embargo, Serrano Suñer no debería convertirse en el responsable de las actividades pro-Eje del gobierno franquista de estos años. Existían pocas personalidades en el ámbito militar o civil que no participasen de un entusiasmo generalizado por el nuevo orden político que parecía estar fraguándose. El 5 de julio de 1939 Franco le comentaba al embajador italiano, el Conde Viola, que España necesitaba «un período de tranquilidad para ocuparse de su reconstrucción interna y lograr la autonomía económica indispensable para conseguir el poder militar que ambicionaba». También afirmó que pensaba mantener movilizado un gran ejército para impedir abusos por parte de Inglaterra y Francia. Dicho ejército «le permitiría asegurar la influencia de España en el desarrollo de los acontecimientos y posiblemente sacar partido de las circunstancias». Se jactaba de que Francia «nunca podría sentirse tranquila con España».⁵

Cuando el Ministro italiano de Asuntos Exteriores, el Conde Galeazzo Ciano, visitó España en julio de 1939, Franco le dijo que necesitaba cinco años de paz para la preparación económica y militar de España antes de poder identificarse plenamente con los estados totalitarios. En caso de guerra preferiría la neutralidad, pero estaría del lado del Eje porque no creía que su régimen pudiera sobrevivir a una victoria de las democracias en una guerra general. Por consiguiente, con una evidente falta de interés por la situación de bancarrota de España, especulaba sobre un importante programa de rearme para la marina y las fuerzas aéreas.⁶ A Franco le preocupaba el hecho de que, si el Eje ganaba la próxima guerra sin su participación, el mundo se reconstruiría sin tener en cuenta sus ambiciones personales.

Las seguridades de Franco sobre la inminencia de la guerra se reflejaron en los cambios en el Gabinete del 9 de agosto de 1939, con la sustitución del anglófilo ministro de Asuntos Exteriores, el Conde de Jordana, por el Coronel Juan Beigbeder Atienza, uno de los primeros adeptos de

⁴ DGFP, Serie D, Vol. VI, pp. 695-7; CIANO, *Diario*, I, pp. 110, 114-15.

⁵ DGFP, Serie D, Vol. VI, pp. 830-2, Vol. VIII, p. 24; *The Times*, 17, 21 de junio 1939; Marc Ferro, *Pétain* (Paris, 1987) pp. 51-2; Javier TUSELL y GENOVEVA GARCÍA QUEIPO DE LLANO, *Franco y Mussolini: la política española durante la segunda guerra mundial*, (Barcelona, 1985) p. 37.

⁶ Galeazzo CIANO, *L'Europa verso la catastrofe* (Milán, 1948) pp. 439-46; Tusell, *Franco y Mussolini*, pp. 38-9.

la Falange. *Africanista* convencido. Beigbeder compartió las ambiciones imperialistas de Franco en Marruecos. Al iniciarse las hostilidades, el embajador alemán en Madrid, el Barón Eberhard Von Stohrer, intentó evitar a Beigbeder y establecer contacto con Serrano Suñer que prometió influir en la actitud de la prensa española para que se mostrara totalmente a favor de la causa alemana.⁷ Esto se hizo con el consentimiento de Franco y de forma tan efectiva que se convirtió en una importante arma propagandística del Eje en España. La embajada alemana se encargaba de suministrar, al servicial aparato de la prensa falangista, material de propaganda nazi que luego se divulgaba en forma de noticias. Casi nunca aparecía material pro-aliados, salvo en respuesta a protestas diplomáticas específicas.⁸ De hecho, la influencia alemana en la prensa fue sólo una de las muchas maneras en las que España iba rumbo de convertirse en un satélite informal de Alemania⁹.

Cuando estalló la guerra el 3 de septiembre, Franco se lamentó, al igual que Mussolini, de que se produjera demasiado pronto. Lo mejor que ambos podían hacer era proponer una ayuda subrepticia y sacar el mayor partido posible de la situación. Oficialmente, Franco anunciaba que los españoles observarían «la más estricta neutralidad».¹⁰ En privado, su actitud distaba mucho de ser neutral. Tanto él como Serrano Suñer creían que España se había visto sometida a una situación humillante por la arrogancia de Francia y Gran Bretaña. Por consiguiente, ambos buscaban cualquier oportunidad brindada por la guerra que ayudara a España a conseguir su lugar entre las potencias europeas¹¹.

Como ávidos espectadores de la guerra falsa, Franco y Mussolini se unieron aún más. La cordialidad de sus relaciones se reflejó en la generosidad italiana en el pago de las deudas de la guerra civil española. Finalmente, el Duce, siempre inquieto y, según sus propias palabras, no dispuesto a quedarse en la barrera mientras se escribía la historia, decidió intervenir en la guerra. Mussolini había comunicado sus planes a Franco con dos meses de antelación, el 8 de abril de 1940. Tras agota-

⁷ DGFP, Serie D, Vol. VII, pp. 501-2; Maurice PETERSON, *Both Sides of the Curtain* (Londres, 1950) pp. 191-2.

⁸ Sir Samuel HOARE, *Ambassador on Special Mission* (Londres, 1946) pp. 54-5; SERRANO SUÑER, *Entre Hendaia y Gibraltar*, p. 132; Javier TERRÓN MONTERO, *La prensa de España durante el régimen de Franco* (Madrid, 1981) pp. 41-54.

⁹ Paul REYNAUD, *Au coeur de la Mêlée 1930-1945* (Paris, 1951) p. 919; Peterson, *Both sides*, pp. 191-5.

¹⁰ *Boletín Oficial del Estado*, 4 de septiembre de 1939. Cf. SERRANO SUÑER, *Entre Hendaia y Gibraltar*, p. 89.

¹¹ SERRANO SUÑER, *Entre Hendaia y Gibraltar*, pp. 133-5, 142-3.

doras campañas en Abisinia, España y Albania, Italia se encontraba en una situación no mucho mejor que la de España para una aventura militar. Serrano Suñer y Beigbeder comunicaron a Stohrer en la primera quincena del mes de abril que España estaba del lado alemán y que la inminente entrada de Italia en la guerra automáticamente aseguraría la «entrada de España». A pesar del alarmante estado de las reservas españolas de combustible y grano, tanto a Franco como a Serrano Suñer les tentaba mucho la perspectiva de la beligerancia española dirigida a conseguir Gibraltar y Tánger¹².

En la primavera de 1940, Franco estaba seguro de una rápida victoria alemana.¹³ Cuando los británicos se retiraron de Dunquerque tras su derrota en Francia, el Caudillo seguía los acontecimientos con emoción. El 10 de junio enviaba a Berlín a su Jefe del Estado Mayor, el General Juan Vigón, con una efusiva carta de felicitación para Hitler.¹⁴ De hecho, Hitler mantuvo las distancias con España, desairando a Vigón cuando le vio en el Castillo de Acoz el 16 de junio de 1940, reconociendo únicamente las ambiciones marroquíes de España. En ese momento, Hitler no tenía intención de pagar un alto precio por servicios que él creía que no iba a necesitar, ya que esperaba que los británicos se rindiesen en cualquier momento. El hecho de que España no participara finalmente en la guerra del lado del Eje ha sido el argumento utilizado por los apologistas de Franco para afirmar que con enorme habilidad política y gran astucia, se burló de Hitler y Mussolini en favor de los Aliados.¹⁵ De hecho, en 1940 se vio seriamente comprometido a tomar parte en la guerra y no llegó a hacerlo debido únicamente a su incapacidad para negociar unas condiciones aceptables con Hitler. Indudablemente, Franco enfocaba la cuestión de la intervención en la guerra alemana con más cautela que Mussolini. Sin embargo, a principios del verano de 1940, el avance espectacular de Hitler hacia el oeste infundió al Caudillo una impetuosidad inusual. Sabía que una España económicamente postrada no podría mantener una guerra larga pero, por otro lado, no podía soportar la idea de que Francia y Gran Bretaña pudiesen ser aniquiladas por un nuevo orden Hitleriano y que España no participara en el reparto del botín. Por consiguiente, totalmente convencido

¹² DGFP, Serie D, Vol. VIII, pp. 190-2.

¹³ DGFP, Serie D, Vol. IX, p. 396.

¹⁴ DGFP, Serie D, Vol. IX, pp. 509-10.

¹⁵ Ver, *inter alia*, Brian CROZIER, *Franco: A Biographical History* (Londres, 1967) pp. 313-75; José María DOUSSINAGUE, *España tenía razón (1939-1945)* (Madrid, 1949) *passim*; George Hills, *Rock of Contention: A History of Gibraltar* (Londres, 1974) pp. 428-32.

de que la victoria alemana era inevitable. Franco quiso entrar en la guerra en el último minuto para conseguir un billete para el reparto del botín. Sin embargo, su actitud se vio condicionada por el problemático legado de sus relaciones económicas con Hitler durante la Guerra Civil. En última instancia, el deseo de ambos dictadores de cooperar contra Gran Bretaña no prosperaría porque Hitler no fue capaz de dejar de despreciar la obstinada mezquindad y el engreído sentido de destino de Franco. Si el Führer hubiera sido capaz, como Mussolini, de convertir la necesidad de pagar las deudas de la Guerra Civil en una virtud, o si hubiera mentido con más osadía sobre su voluntad de entregar el Norte de África Francés, el resultado habría sido sin duda distinto.

Hasta toparse con la arrogancia e intransigencia alemanas, el primer momento elegido por Franco para la entrada de España en la guerra fue poco después de la caída de Francia, cuando Gran Bretaña parecía estar al borde de la derrota. La segunda ocasión fue en el otoño de 1940 cuando creía que la Operación León Marino estaba a punto de llevarse a cabo y el colapso de Inglaterra era inminente. En la primera de estas ocasiones, los alemanes rechazaron la oferta española con caballeroso desdén convencidos de que no la necesitaban. En la segunda, cuando realmente la necesitaban, ignoraron los intereses de Franco y especialmente sus ambiciones africanas. Tras una reunión del consejo de ministros el 12 de junio, Franco cambiaba la neutralidad oficial de España por una postura no beligerante mucho más pro-Eje. Franco comentaba al Ministro de Asuntos Exteriores italiano en Madrid que «la situación actual de las fuerzas armadas españolas no permitía adoptar una postura más resuelta, aunque continuaría acelerando todo lo posible la preparación del ejército para cualquier eventualidad».¹⁶ Entusiasmado por los triunfos alemanes, Franco quitaría muy pronto a Beigbeder el control de la política exterior y se lo daría a Serrano Suñer.¹⁷ Franco permitió que los submarinos alemanes se aprovisionasen en los puertos españoles; que los aviones de reconocimiento alemanes volaran con los distintivos españoles, que una estación de radio de La Coruña trabajara para la Luftwaffe y que los destructores alemanes repostaran secretamente sus depósitos por la noche en las bahías de la costa norte española¹⁸.

Con Francia de rodillas y Gran Bretaña contra las cuerdas, Franco sintió todas las tentaciones de un buitre rapaz y cobarde. A pesar de la

¹⁶ ABC, 13 de junio de 1940; Zoppi a Ciano, 13, 15 de junio de 1940, *Documenti Diplomatici Italiani*, 9.ª ed., V (Roma, 1965) pp. 14, 24.

¹⁷ DGFP, Serie D, Vol. IX, p. 542; SERRANO SUÑER, *Entre Hendaya y Gibraltar*, pp. 159-60.

¹⁸ DGFP, Serie D, Vol. IX, pp. 449-53; Vol. XI, p. 445.

amistad que profesaba a Pétain, el 14 de junio, cuando los alemanes entraron en París, España ocupaba Tánger, tras asegurar a los franceses que su acción era necesaria para garantizar su seguridad. Hitler estaba encantado, sobre todo porque Franco «había actuado sin hablar». ¹⁹ Al día siguiente de la petición francesa de un armisticio, Franco afirmaba que la existencia del imperio francés en el norte de África era imposible y pedía el Marruecos francés, la región de Orán de Argelia y la expansión del Sahara Español y de la Guinea Española. En el caso de que Inglaterra continuara las hostilidades tras la rendición de Francia, el Caudillo se ofreció a entrar en la guerra del lado del Eje a cambio de «material de guerra, artillería pesada, aviones para atacar Gibraltar, y quizás la cooperación de los submarinos alemanes en la defensa de las Islas Canarias». También solicitó productos alimenticios, municiones, combustible para motores y equipos de material de guerra francés ²⁰.

Tras hacer esperar a los españoles casi una semana, el Ministerio de Asuntos Exteriores alemán rechazó su oferta con un frío reconocimiento de los deseos territoriales de España en el Norte de África. ²¹ Tres días antes Hitler había respondido a Vigón friamente, ya que, tras el resultado del último ataque de Mussolini sobre Francia, recelaba de más voluntarios de última hora no deseados para una guerra que él creía ganada. No estaba dispuesto a perjudicar las negociaciones del armisticio con Francia para dar una satisfacción gratuita a España. Franco era obsequioso con el Tercer Reich, buscando constantemente la forma de conseguir los favores de Berlín. El 23 de junio se propuso a los alemanes detener al Duque y a la Duquesa de Windsor que estaban de paso en Madrid con destino a Lisboa. Durante el verano de 1940, Serrano Suñer y Franco colaboraron activamente en las maquinaciones alemanas para impedir que el Duque de Windsor asumiera el puesto de Gobernador de las Bahamas, de manera que pudiese ser utilizado contra «la camarilla de Churchill» en las negociaciones de paz con Inglaterra ²².

¹⁹ DGFP, Serie D, Vol. IX, pp. 585-8; Reynaud, *Au coeur de la Mêlée* pp. 855-6.

²⁰ DGFP, Serie D, Vol. IX, pp. 620-1

²¹ DGFP, Serie D, Vol. X, pp. 15-16.

²² DGFP, Serie D, Vol. X, pp. 2, 9, 187-9, 199-200, 276-7, 283, 290-1, 317-18, 366-7, 376-9, 397-401, 409-10; Walter SCHELLENBERG, *The Schellenberg Memoirs: A Record of the Nazi Secret Service* (Londres, 1956) pp. 126-43; Mariano GONZÁLEZ-ARNAO CONDE-LUQUE, «¡Capturad al duque de Windsor!», *Historia* 16, n.º. 161, septiembre 1989; Michael Bloch, *Operation Willi: The Plot to Kidnap the Duke of Windsor July 1940* (Londres, 1984) *passim*.

En contraste con los esfuerzos españoles por congraciarse con el Tercer Reich, las urgentes demandas de alimentos de Franco eran desestimadas enseguida argumentando las mayores necesidades de Alemania e Italia.²³ Aunque Franco estaba molesto por la improvisada respuesta de Hitler, seguía queriendo negociar la entrada de España en la guerra. El 18 de julio de 1940 Franco afirmaba que España contaba con dos millones de soldados dispuestos a luchar por revivir sus viejas glorias imperiales y cumplir la misión de recuperar Gibraltar y ampliar su territorio en África.²⁴ El equipo del general trazaba planes para atacar los territorios franceses del Norte de África y Gibraltar. Además, a lo largo de ese período, Hitler se vio obligado a cambiar gradualmente sus prioridades para la entrada de España en la guerra. La inesperada y obstinada resistencia británica y la derrota de la Luftwaffe en la Batalla de Gran Bretaña puso fin a sus planes de invasión, la Operación León Marino. Alemania retomó la idea de derrotar a Gran Bretaña por medios distintos de un ataque frontal. El 15 de agosto el General Jodl sugería la intensificación de la guerra en el mar por medio de submarinos y la toma de los centros neurálgicos de su imperio, Gibraltar y Suez, en un intento de conseguir el control del Mediterráneo y de Oriente Medio para el Eje. El 2 de agosto, Ribbentrop informaba a su embajador en Madrid que «lo que queremos lograr ahora es la rápida incorporación de España a la guerra».²⁵ Los oficiales alemanes iniciaron un proceso para evaluar las necesidades exactas de militares y civiles españoles en cuanto a combustible, grano y otros productos vitales. Sólo en usos civiles las cifras eran cuantiosas²⁶.

En Madrid se hizo caso omiso de los graves problemas de sostener una máquina de guerra, al existir la convicción general en círculos oficiales de que el conflicto sería corto y el tercer Reich saldría victorioso. Franco comentó a Vigón que consideraba útil una pronta entrada en la guerra, ya que debido al bloqueo británico, «España ya tenía un pie en la misma». También dijo que podría resignarse a una guerra de mayor duración.²⁷ El 15 de agosto, el Caudillo escribía desde Madrid una

²³ DGFP, Serie D, Vol. IX, pp. 605-6, 608-11.

²⁴ Hoare, *Ambassador*, pp. 48-9.

²⁵ DGFP, Serie D, Vol. X, p. 396; HOARE, *Ambassador*, p. 44; Serrano Suñer, *Entre Hendaya y Gibraltar*, p. 65; Winston S. CHURCHILL, *The Second World War* 6 tomos (Londres, 1948-1954) II, *Their Finest Hour*, p. 463.

²⁶ DGFP, Serie D, Vol. X, pp. 466-7, 499-500, 521; André BRISSAUD, *Canaris*, (Londres, 1973) pp. 191-4; Macgregor KNOX, *Mussolini Unleashed 1939-1941: Politics and Strategy in Fascist Italy's Last War* (Cambridge, 1982) p. 184.

²⁷ DGFP, Serie D, Vol. X, pp. 514-15, 521.

carta a Mussolini, en la que declaraba que España estaba «preparándose para ocupar su lugar en la lucha contra nuestros enemigos comunes»²⁸.

A principios del verano de 1940, el entusiasmo por la entrada de España en la guerra tenía su origen en Madrid. Como resultaba demasiado evidente que Franco y Serrano Suñer planeaban la entrada de España en la guerra cuando lo peor hubiese pasado pero antes del reparto del botín, sus ofertas habían sido rechazadas por los alemanes. En el otoño y el invierno, la situación cambiaría lentamente mientras Franco se daba cuenta poco a poco de la fuerza de la resistencia británica y del deterioro de la situación económica española. Aunque nunca lo admitiría y siempre se sentiría molesto por ello, a partir del otoño de 1940, Franco sería más vulnerable aún a las presiones y halagos anglo-americanos. El punto de vista alemán era que España, a cambio de que el Reich le suministrase el equipo militar y los alimentos necesarios, debería pagar a Alemania sus deudas de la guerra civil con futuras entregas de materias primas. Las explotaciones mineras inglesas y francesas en España y en el Marruecos español serían adjudicadas a Alemania. El territorio español en el Golfo de Guinea sería transferido a Alemania. La economía española se integraría en una economía europea dominada por Alemania. España sólo tendría un papel secundario, limitándose a actividades agrícolas, producción de materias primas e industrias «típicas de España». El Führer quería también una base para Alemania en una de las Islas Canarias, y otras bases en Agadir y Mogador con un «terreno circundante apropiado».²⁹ Las duras exigencias de Hitler y Ribbentrop en sus reuniones con Serrano Suñer en Berlín los días 16, 17 y 24 de Septiembre llevaron a Franco a tomar la determinación de entrar en guerra sólo si se le pagaba por adelantado³⁰.

El 18 de octubre de 1940 Franco sustituyó a Beigbeder por Serrano Suñer como Ministro de Asuntos Exteriores.³¹ En el encuentro histórico de Hitler y Franco en Hendaya el 23 de octubre de 1940 no se produjo la reconciliación. Franco, siempre dispuesto a aprovecharse de los

²⁸ DGFP, Serie D, Vol. X, pp. 484-6; CIANO, *Diario*, I, p. 302; Serrano Suñer, *Entre Hendaya y Gibraltar*, pp. 103-4.

²⁹ DGFP, Serie D, Vol. XI, pp. 83-91; Serrano Suñer, *Entre Hendaya y Gibraltar*, pp. 165-71.

³⁰ Denis SMYTH. «The Moor and the Money-lender: Politics and Profits in Anglo-German Relations with Francoist Spain 1936-1940» en Recker, Marie-Luise, editor, *Von der Konkurrenz zur Rivalität: Das britische-deutsche Verhältnis in den Ländern der europäischen Peripherie 1919-1939* (Stuttgart, 1986) pp. 171-4.

³¹ DGFP, Serie D, Vol. XI, pp. 331-4.

éxitos de Hitler pero decidido a no tener que pagar por el privilegio. abrió el encuentro de Hendaya con promesas retóricas, «España estaría encantada de luchar del lado de Alemania», pero debido a las dificultades planteadas por Estados Unidos y Gran Bretaña, «España deberá esperar y mirar benévolutamente y examinar algunas cosas con las que está en total descuerdo». Más que conversaciones, fueron monólogos enfrentados. Hitler explicó laboriosamente y bastante sesgadamente por qué resultaban problemáticas las ambiciones españolas sobre Marruecos dada su necesidad de cooperar con los franceses. Hitler había pensado engañar a Franco sobre el Marruecos francés, admitiendo con aparente franqueza que no podía darle lo que aún no era suyo, lo cual implicaba que se lo daría cuando tuviese poder para hacerlo. En efecto, Hitler estaba convencido de que podría disponer del imperio colonial francés a su antojo, pero no tenía intención de dárselo a Franco. Ese fue su «gran fraude». Serrano Suñer sugirió años más tarde que su mentira no había sido lo suficientemente grande. De acuerdo con el cuñadísimo, la obsesión africanista de Franco por Marruecos era de tal calibre que, si Hitler se lo hubiese ofrecido, él habría entrado en la guerra³².

El ofrecimiento de Franco de entrar en la guerra a comienzos del verano de 1940 fue rechazado por Hitler como gratuito. Los esfuerzos del Führer para que Franco entrara a formar parte del Eje en otoño de 1940 fracasaron porque Hitler no supo entender que tenía que pagar el precio de los servicios del Caudillo. Posteriormente, durante toda la segunda guerra mundial, España no volvería a estar tan cerca como lo estuvo en 1940 de entrar en el Eje. Esto no quiere decir que Franco se esforzara por escapar de las garras de Hitler, como han sugerido algunos de sus admiradores. Sin duda alguna, las simpatías del Caudillo seguían estando del lado de Alemania e Italia. Si Hitler hubiese pagado el precio que pedía Franco, casi con toda seguridad éste se habría unido a él. Sin embargo, su propia supervivencia fue siempre su principal ambición y, como Hitler parecía buscar la ayuda española en unos términos imposibles, tras cancelarse la Operación León Marino, la posibilidad de derrota del Eje hizo que el Caudillo se mostrase aún más cauteloso. Además, las tensiones entre el Ejército y la Falange precisamente sobre la entrada o no en la guerra le impusieron cierta cautela a Franco. El ejemplo más claro de esa cautela y de su relación con los problemas

³² Heleno SAÑA, *El franquismo sin mitos: conversaciones con Serrano Suñer* (Barcelona, 1981) p. 193. Véase también la polémica entre Serrano Suñer y Antonio Marquina en *El País*, 19, 21, 22, 26, 28, 29 de noviembre de 1978.

domésticos fue su no-intervención durante la «Operación Antorcha», que se produjo menos de dos meses después del cese de Serrano Suñer. Sin embargo, entre Hendaya y la Operación Antorcha quedaba claro que Franco seguía deseando formar parte de una coalición victoriosa del Eje.

A mediados de febrero de 1941, el Caudillo se reunía con Mussolini en Bordighera.³³ Franco dijo al Duce que seguía creyendo en una victoria final del Eje. Reconoció abiertamente «los deseos de España de entrar en la guerra; su temor a entrar demasiado tarde» y afirmó secamente que «la entrada de España en la guerra depende más de Alemania que de la propia España, cuanto antes envíe ayuda Alemania, antes contribuirá España a la causa fascista». Por tanto, Mussolini era partidario de dejar de intentar convencer a Franco para que entrara en la guerra del Eje a corto plazo. Creía más bien que Alemania e Italia debían limitar las iniciativas españolas a mantener al dubitativo Caudillo en la esfera política del Eje.³⁴ Más o menos al mismo tiempo que el Duce informaba a Hitler sobre la reunión de Bordighera, el Ministerio alemán de Planificación Económica comunicaba que los pedidos españoles no podrían cumplirse sin poner en peligro la capacidad militar del Reich³⁵.

Cuando finalmente Hitler decidió tomar una decisión sobre esta cuestión, ya había puesto su maquinaria militar al servicio de Italia para salvarla de su desastrosa implicación en los Balcanes.³⁶ De hecho, en Bordighera se vio que Franco estaba, de momento, inmune a la tentación del Eje. La verdad es que hasta finales de 1944 no dejaría de ser una posibilidad, pero ya nunca más representaría una tentación clara. Sencillamente Hitler no tenía suficientes reinos que ofrecerle. Sin embargo, durante un breve período a mediados de 1941, ante la posibilidad de una rápida victoria sobre la Unión Soviética, el Caudillo volvía a sentirse muy tentado. Su entusiasmo pro-Eje se avivó una vez más al invadir los nazis la Unión Soviética el 22 de junio de 1941. Al ser informado oficialmente del ataque alemán sobre Rusia, Serrano Suñer se

³³ Verbale del colloquio tra Mussolini, Franco e Serrano Suñer, *I Documenti Diplomatici Italiani Serie 9ª*, VI (Roma, 1986) pp. 568-76; Serrano Suñer *Entre Hendaya y Gibraltar*, pp. 262-3.

³⁴ SERRANO SUÑER, *Entre Hendaya y Gibraltar*, pp. 261-4; CIANO, *L'Europa verso la catastrofe*, pp. 629-43; Roberto CANTALUPO, *Fu la Spagna. Ambasciata presso Franco. Febbraio-Aprile 1937* (Milán, 1948) pp. 279-94.

³⁵ *DGFP*, Serie D, Vol. XII, pp. 96-7, 131-2.

³⁶ Charles B. BURDICK, *Germany's Military Strategy and Spain in World War II* (Syracuse, 1968) pp. 103 y siguientes.

mostró entusiasmado, comunicando a Stohrer que Franco deseaba enviar unidades de voluntarios falangistas para luchar, independientemente de la entrada plena y total de España en la guerra del lado del Eje, que se produciría en el momento apropiado»³⁷.

En el quinto aniversario del comienzo de la Guerra Civil Española, el 17 de julio de 1941, Franco se dirigió al Consejo Nacional de la Falange y les expresó su entusiasmo por la aventura rusa de Hitler en «estos momentos en que las armas alemanas dirigen la batalla que Europa y el Cristianismo desde hace tantos años anhelaban, y en que la sangre de nuestra juventud va a unirse a la de nuestros camaradas del Eje, como expresión viva de solidaridad». Durante el verano de 1941, el gobierno de Franco siguió mostrando una actitud cada vez más pro-alemana. La prensa controlada atacaba a menudo a Inglaterra y a Estados Unidos y ensalzaba los éxitos del ejército alemán.³⁸ Sin embargo, la falta de carbón, cobre, estaño, caucho y fibras textiles presagiaba el descalabro de la industria española en cuestión de meses. Franco estaba obligado a ser más circunspecto y a buscar un mayor acercamiento a las potencias occidentales.³⁹ Esto se reflejaba en parte en el hecho de que un importante sector de los militares pensaba ahora que Inglaterra y América iban a ganar la guerra y tomarían represalias contra España. Además, los generales con más experiencia, como el propio Franco, no podían evitar la alarmante conclusión de que Hitler se había metido en un grave problema en Rusia. El segundo arrebato de entusiasmo de Franco en favor del Eje se producía durante el invierno de 1941, con los éxitos de los alemanes en Rusia. Con la entrada de Estados Unidos en la guerra y la victoria británica en el Norte de África, el Caudillo pareció aceptar finalmente que ninguna compensación territorial podría justificar los riesgos que implicaba ahora entrar en la guerra.

Al comprender que la beligerancia americana significaba una guerra larga y titánica, Franco se vio obligado a aplazar indefinidamente su entrada en la guerra. Es difícil saber cuál fue el momento exacto de su llamado *chaqueteo* (o cambio de chaqueta) por la sencilla razón de que nunca fue definitivo. Hablando con los oficiales del Alto Estado Mayor de su ejército en el Alcázar de Sevilla en febrero de 1942, Franco declaraba «Si el camino a Berlín fuese abierto, no sería una división de voluntarios españoles la que allí fuese, sino que sería un millón de es-

³⁷ DGFP, Serie D, Vol. XII, pp. 1.080-1.

³⁸ *Foreign Relations of the United States 1941*, Vol. II (Washington, 1959), pp. 913-25.

³⁹ *FRUS 1941*, II, pp. 924-9.

pañoles los que se ofrecerían».⁴⁰ Puesto que Franco exigía dos condiciones para declarar la guerra —que se le garantizase el final del poder británico y una serie de contrapartidas de Hitler—, España se mantuvo en paz. Así que la neutralidad, lejos de ser el resultado de una política o estrategia brillantes, fue fruto de un estrecho pragmatismo, que Serrano Suñer definió como la «buena suerte» de que Alemania no pudiese o no quisiese pagar el precio exigido por entrar en la guerra.

En el otoño de 1942, cuando los preparativos para la Operación Antorcha demostraron que el eventual triunfo del Eje estaba lejos de ser seguro, Franco reaccionó más que con un profético presentimiento de la victoria final de los Aliados, con una cautela a corto plazo muy razonable. La concentración de fuerzas en sus fronteras no era el mejor momento para cruzar espadas con la Pérfida Albión, especialmente tras el fracaso de Rommel en la conquista de Egipto. Franco era muy consciente de la capacidad de represalia de los Aliados. En cualquier caso, los éxitos de los países aliados en el Norte de África fueron tan espectaculares que inhibieron de forma inmediata cualquier idea de acción hostil por parte de España. Cuando entraron las fuerzas anglo-americanas precisamente en los territorios de Argelia y del Marruecos francés que él codiciaba, Franco fue lo suficientemente realista como para dar instrucciones a su embajador de Londres para iniciar un acercamiento hacia los países aliados. Eso no significaba que hubiese dejado de creer en la victoria final del Eje. El *chaqueteo* iba a ser gradual, dejando abiertas distintas alternativas.

Sin embargo, se vislumbraba ya el principio de un lento retroceso hacia la neutralidad, visible por ejemplo en la firma del acuerdo del Bloque Ibérico con Portugal en Diciembre de 1942. En primavera de 1943, era evidente que el panorama internacional en el que Franco operaba había cambiado drásticamente. La operación «Antorcha» había cambiado el equilibrio estratégico, pero durante la mayor parte de 1943 y ciertamente hasta la caída de Mussolini en el verano, Franco seguía convencido de que los Aliados no podrían ganar y que sus éxitos en África tenían poca importancia. El 3 de diciembre de 1943 Franco le comentaba al nuevo embajador alemán, Hans Heinrich Dieckhoff, que su propia supervivencia dependía de una victoria del Eje y que un triunfo de los aliados «significaría su propia aniquilación». Por consiguiente, deseaba con toda su alma que la victoria alemana se produjese lo antes posible. Resulta significativo que nunca hiciese una declara-

⁴⁰ Hoare, *Ambassador*, p. 140.

ción similar de simpatía por la causa aliada a ningún diplomático británico o norteamericano. A comienzos de 1944, a la vista del nuevo rumbo que estaba tomando la guerra, el norte de África protegido e Italia fuera de la guerra, los Estados Unidos se mostraban menos dispuestos a ser pacientes con Franco. Los oficiales del ejército norteamericano estaban furiosos por las continuas exportaciones españolas de wolframio a Alemania. El wolframio era un ingrediente crucial en la fabricación de acero de alta calidad para todo tipo de armamento, y especialmente para máquina herramienta y proyectiles antiblindaje. Se produjo una situación de crisis cuando Franco envió una carta a José P. Laurel felicitándole por haber sido nombrado por los japoneses gobernador títere de Filipinas. En respuesta, los americanos redujeron las exportaciones de petróleo a España.⁴¹ Finalmente, Franco se vio obligado a cerrar el Consulado alemán en Tánger, a retirar todas las unidades españolas de Rusia y a prometer expulsar a los espías y saboteadores alemanes de España. De hecho, los puestos de observación y estaciones para interceptar las emisiones de radio se mantuvieron en España hasta el final de la guerra⁴².

En 1945 Franco sabía que no podía sobrevivir ayudado sólo por la represión, si la situación internacional era adversa. Confió en que los aliados le viesen como una mejor alternativa para la estabilidad anticomunista en España que la oposición republicana o el aspirante al trono, Don Juan de Borbón. La buena voluntad hacia América se exageraba en público, mientras que en privado, Franco hablaba de su profundo malestar por tener que depender de «la histeria política de América», refiriéndose a los cambios de gobierno basados en los resultados electorales. Era un signo revelador de su desprecio por la democracia en los Estados Unidos que él consideraba un semillero de la peligrosa masonería. Con su habitual franqueza, el Presidente Harry S. Truman repudió la tortuosidad de Franco, su régimen represivo, su fanatismo religioso y sus denuncias de francmasonería, liberalismo y democracia. Por tanto, Franco estaba obligado a reescribir la historia de su papel en la segunda guerra mundial. De cara al exterior, empezó destacando los

⁴¹ Churchill & Roosevelt: *The Complete Correspondence*, 3 vols. (Princeton, 1984) II, pp. 725-6, 728, 751; *The Diaries of Sir Alexander Cadogan 1938-1945* editado por David Dilkes. (Londres, 1971) pp. 602-3; Edward R. STETTINIUS JR., *The Diaries of Edward R. Stettinius Jr., 1943-1946*, editado por Thomas M. Campbell & George C. Herring (Nueva York, 1975) pp. 28-29; HOARE, *Ambassador*, pp. 257-62.

⁴² Churchill & Roosevelt: *Correspondence*, III, pp. 66-8, 99, 106-8, 114; CADOGAN, *Diaries*, pp. 622-3; Hoare, *Ambassador*, pp. 262-8.

elementos católicos y monárquicos, quitando importancia a los elementos fascistas de su sistema político, y nombrando Ministro de Asuntos Exteriores al católico conservador Alberto Martín Artajo. Al igual que durante la segunda guerra mundial, el Caudillo mantuvo un control férreo sobre la política exterior, utilizando a Martín Artajo como la cara aceptable de su régimen. Artajo comentó a José María Pemán que todos los días mantenía con Franco conversaciones telefónicas de al menos una hora y que utilizaba auriculares para tener las manos libres para tomar notas. Pemán escribiría cruelmente en su diario «Franco hace política internacional y Artajo es el ministro-taquígrafo». En la primera reunión del nuevo equipo de gobierno, el 21 de julio, Franco decía a sus ministros que sólo se harían concesiones al mundo exterior por conveniencia y en aspectos sin importancia⁴³.

El principal objetivo era sencillamente la permanencia de Franco en el poder. Tras casi una década expuesto a la adulación diaria, era incapaz de ver las contradicciones entre sus propias necesidades políticas y las de España. Rechazaba las críticas extranjeras hacia su persona como obra de una conspiración masónica contra España. Se veía a sí mismo como un navegante inspirado por Dios pilotando la asediada nave española. La única táctica que tenía a su alcance era capear el ostracismo internacional hasta que cristalizara el natural antagonismo entre los bloques comunista y capitalista. Más tarde, las ventajas geopolíticas de España contrarrestarían su pecado original de amistad con Hitler y le abrirían las puertas del bloque occidental. Fue una tarea mucho más sencilla de lo que Franco esperaba, pero su odio obsesivo por la francmasonería la hizo más difícil. Durante el período de 1945 a 1950, Franco hablaba como si él y España estuviesen amenazados de muerte por lo que él llamaba la «ofensiva masónica», aunque era poco probable que los aliados, por lo que él sabía, tomaran medidas para librarse de él.

Franco siempre negó que hubiese apoyado alguna vez al Eje, a pesar de que ciertos documentos incautados a los alemanes en 1946 demostraban lo contrario y de que las Naciones Unidas informasen que en los últimos años de la guerra su régimen dio asilo a 2.000-3.000 nazis huidos, fascistas italianos y partidarios de la Francia de Vichy. Franco consideró las críticas internacionales fruto de una conspiración comunista-masónica para destruir España. Sus argumentos eran estraña-

⁴³ Javier TUSELL, *Franco y los católicos: la política interior española entre 1945 y 1957* (Madrid, 1984) pp. 84-94, 118; Florentino Portero, *Franco aislado: la cuestión española (1945-1950)* (Madrid, 1989) pp. 106-10.

larios y débiles, aunque paradójicamente efectivos. En septiembre de 1945, dijo a las asesoras religiosas de la Sección Femenina que la Guerra Civil española se había emprendido para combatir las «maquinaciones satánicas» de los pervertidos francmasones y ahora España estaba siendo atacada por «el super Estado masónico» que controlaba la prensa y las emisoras de radio de todo el mundo, así como a los principales políticos de las democracias occidentales⁴⁴.

Finalmente, la campaña propagandística le presentaba como el campeón de una España sitiada. Los desastrosos resultados económicos de su autárquico sistema de gobierno, incompetente y corrupto, fueron atribuidos a un inexistente bloqueo económico. A principios de diciembre de 1946, el régimen de Franco era denunciado por las Naciones Unidas por fascista, no representativo y moralmente repugnante. Franco montó una multitudinaria manifestación de apoyo público, harengando a las 700.000 personas reunidas en la Plaza de Oriente con una retórica propia de la guerra civil. Su respuesta personal a la resolución de las Naciones Unidas fue la publicación en *Arriba* de una serie de artículos contra la francmasonería en general y acusando a los líderes de las Naciones Unidas de francmasones a las órdenes de Moscú. Los artículos, publicados bajo el seudónimo de Jakim Boor (los dos pilares del templo masónico), siguieron circulando hasta Mayo del 1951. Su tesis central era que la francmasonería, considerada por Franco consustancial a la democracia liberal, conspiraba con el comunismo para destruir España⁴⁵.

De hecho, el Caudillo logró sobrevivir a lo peor. La resolución de las Naciones Unidas de diciembre de 1946, el momento de mayor ostracismo internacional, había fracasado. El ataque comunista a Checoslovaquia en febrero de 1948 fue seguido del bloqueo de Berlín de junio de 1948 a mayo de 1949 y el éxito de la explosión de una bomba atómica soviética en agosto de 1949, aumentando la presión dentro de Estados Unidos para un acercamiento a España que garantizase tanto las bases aéreas como navales. A comienzos de 1949, Mao Tse-Tung había establecido la República Popular China. El antifranquista Truman fue obligado a claudicar ante la creciente demanda del Congreso de un acercamiento a España. Franco continuó escribiendo en *Arriba* pensando ingenuamente que el pseudónimo de Jakim Boor le permitía denunciar la francmasonería como una conspiración maligna del comunismo

⁴⁴ Francisco FRANCO, *Textos de doctrina política: palabras y escritos de 1945 a 1950* (Madrid, 1951), pp. 334-5.

⁴⁵ Jakim Boor, *Masonería* (Madrid, 1952).

mientras expresaba públicamente su admiración por América. La Casa Blanca recibió miles de telegramas de protesta. Washington era plenamente consciente de que los artículos eran obra del Generalísimo.

Sin embargo el Caudillo se libró de las consecuencias de su pasado Pro-Eje y su presente antidemocrático gracias a la preocupación de Estados Unidos y Europa por los avances y actividades del mundo Comunista. El olvido de la resolución sobre España de diciembre de 1946, el regreso de los embajadores a España o la conclusión del Pacto de Madrid de 1953 fueron acogidos en España como victorias colosales de Franco contra el cruel acoso. De hecho, nunca se había producido un cerco internacional a plena escala y, cuando Franco fue recibido en brazos de los aliados occidentales, lo fue porque le querían a él no porque él les hubiese manipulado. A partir de ese momento, Franco dejó la dirección de la política exterior a sus ministros.